co que espero demostrar es que la identidad entre las afirmaciones significativas y las verificables no es completamente satisfactoria, pero sí constituye un profiláctico útil para impedir desvarios filosóficos. El problema del origen temporal del universo—por ejemplo— es un problema de significado, antes de que llegue a ser un problema que la ciencia pueda decidir. Y concluye: No se puede hacer una afirmación verificable de que el universo tiene o no una edad infinita—admirémoslo del término, y parangonémoslo con los otros términos de la usual jerga científica: “verificable”, “afirmaciones”, “utilidad”...—. *Todavía podemos creer que hay una diferencia entre estas afirmaciones, pero la diferencia es de tal naturaleza que no está al alcance de la ciencia determinarla, ni jamás lo estará.* El Dr. Davies (Inglaterra), por su parte, dice: *La edad del universo es un concepto cuya validez depende de la aplicabilidad de la escala de tiempo de la física de laboratorio al universo... Toda hipótesis, por muy fehacientemente que sea confirmada, puede carecer de validez lógica... Una teoría científica sólo tiene validez cuando estimula a realizar mayores investigaciones que puedan refutarla...*

H. B.

WILLIAM ASHWORTH, *Breve historia de la economía internacional (1850-1950)*. Fondo de Cultura Económica, México, 1958, 273 pp.

Fruto de un trabajo colectivo de traductores (Seminario del Curso de traducción de inglés para economistas y sociólogos, dirigido por el Dr. Manuel Sánchez Sarto en el Fondo de Cultura Económica) es este libro inusitadamente ameno, cuyo autor a más de un espíritu penetrante y de una clara crítica objetiva posee una “ferviente pasión imaginativa”, cosa rara de hallar entre historiadores de la economía. Así, a conocimientos especializados, ocupados en la materia específica económica, añade también la posibilidad de ensanchar la comprensión internacional de la experiencia social, ya que toma en cuenta también elementos diplomáticos, militares, culturales e intelectuales en general. Con este modo de presentación innovador, que va en contra de las modalidades corrientes en esta clase de trabajos, si bien no se logra desarrollar—o emplear—un sistema económico teórico (¿podría existir alguno en relación a la historia económica del mundo entero, dados los recursos que tiene hoy el historiador tan limitados, tan particularizados, tan incompletos, tan regionalizados...?), sí—en cambio— consigue aportar generalizaciones descriptivas que, en su limitación, logran algunas explicaciones del proceso histórico económico 1850-1950, cuya total comprensión podrá “realizarse en el transcurso del presente siglo”.

H. B.

JOSÉ EMILIO PACHECO, *La sangre de Medusa*. Cuadernos del Unicornio, 18. México, 1959.

Dos cuentos encierran estas páginas: el que les da título y “La noche del inmortal”. Ambos coinciden en tener varios planos de tiempo y dos líneas paralelas de acción, paralelas y, en cierto modo, equivalentes: en ambos se filtran hilos de la antigüedad griega, iluminan-

do y dando sentido a historias contemporáneas que, a su vez, retroactivamente, hacen lo mismo con las pretéritas; paralelismo y juego de espejos.

Ambos cuentos tienen un inequívoco, voluntario aspecto de ejercicios literarios, esto es, de piezas escritas con una primordial preocupación estética.

La valiosa preocupación literaria de Pacheco se hace presente, ante todo, en la prosa: cuidada, bien sonante, extraordinariamente limpia, labrada con amor y hábil minucia, llena de adjetivos aguzados, inteligentes y a menudo flamantes.

Como virtud mayor, ambos cuentos tienen una estructura ingeniosa y capaz, de complicado mecanismo, sorpresiva y eficazmente montado. Más lograda “La Noche del inmortal” coincide con “La sangre de Medusa” en la armazón doble, en el correr simultáneo de dos historias independientes que, a pesar de los tiempos, son la misma, con diferencias que consisten en el grado de atrocidad.

A través de un manuscrito azarosamente conservado, la acción de Eróstrato, el incendiario de Efeso, viene a determinar y a repercutir en la de Gabrilo Príncipe, el asesino de Sarajevo. Logran así los dos una inmortalidad absurda e infame, con los mismos colores del acto cometido.

Perseo en su palacio, y un oscuro uxoricida contemporáneo en su raquítico mundo, ven decaer y languidecer sus envolturas mortales; dueños de una luz liberación por la violencia ¿heroica?, decaen en dos encierros que son realmente el mismo; triunfan de la Gorgona, pero no de la irrevocable mortalidad.

Con lo anterior, resalta la estructura del cuaderno, su significativa simetría: ambas historias son el anverso y el reverso de una misma moneda: el ansia de perpetuación individual, el anhelo de la inmortalidad. Y tema tan evasivo y vasto está alcanzado y expresado con gusto, claridad, ingenio; incluso podríamos decir que con fuerza en “La Noche del inmortal”.

Quienes gustan de hallar influencias y antecedentes, no tendrán que buscar mucho para mencionar a Borges. La sombra del argentino se hace presente en el cuaderno, tanto como en la obra de veintitantos nuevos cuentistas mexicanos. Ahora, ¿importa esto? Para una obra en sí misma, siempre un mundo aislado y completo, importa solamente el mecanismo de su propio universo, en razón de sí mismo. Su eventual contacto con otros universos aislados, con otras obras literarias, viene a ser dato informativo solamente. En cambio, para juzgar al autor, y sus méritos como creador en potencia, es importante.

¿Puede Pacheco crear concepciones propias, reflejos personales del mundo que personalmente lo rodea? Si se mencionan sus influencias, debe mencionarse también su edad: 19 años. Y debe comparársele con nuestros flamantes veintitantos cuentistas de imaginación, cuyas edades oscilan todas entre los 25 y los 40. Pacheco sale ganando mucho con la comparación; su estilo, su sentido de estructura, su intuición de trascendencias, parecen mayores. Y es de creer que acumulando experiencias (lectura, conocimiento de gente, incidentes personales) vendrá a determinarse que su magnífico instrumento verbal suene

con timbres nuevos (novedosos) y ataque temas de mayor inmediatez, o de mayor resonancia. (¿Será de poca resonancia el tema bifronte de la inmortalidad?)

E. C.

JOSÉ FERRATER MORA, *Ortega y Gasset*. Etapas de una filosofía, Barcelona, Editorial Seix Barral, S. A., 1958, 145 pp.

El libro se divide en cuatro capítulos, el primero de los cuales es una introducción muy clara a los restantes. El método empleado, nos anticipa el autor, es el método biográfico, pero, claro está, el método este tiene un sentido bien especial a la luz de la doctrina que él expone: no se atiende a una mera enumeración de hechos ordenados en forma cronológica, sino que parte del supuesto de una estructura sistemática que poseen la vida humana y la actividad que ésta ejerce.

Este método biográfico ha hecho ver en Ortega tres etapas distintas del filosofar del maestro, explicadas en los capítulos II, III y IV, y a las que llama Ferrater “Objetivismo”, “Perspectivismo” y “Raciionalismo”, respectivamente. El último capítulo se divide, a su vez, en cinco partes que son: a) El concepto de razón vital; b) La doctrina del hombre; c) La doctrina de la sociedad; d) La idea de la filosofía y e) La idea del ser. Sigue a esto una bibliografía no muy extensa pero hábilmente seleccionada, pues Ferrater es experto consumado en bibliografías filosóficas: cuatro ediciones del erudito *Diccionario de filosofía* han hecho de él el primer bibliógrafo filosófico en nuestra lengua.

Ferrater ha señalado varias dificultades en la enorme obra de Ortega y Gasset. Citemos aquí algunas: 1) La teoría de los conceptos (pp. 55-56); 2) La afirmación de que la vida humana es radicalmente problemática, por un lado, y de que esa misma vida está hecha de creencias, por otro (pp. 89-90); y 3) el conflicto entre historicismo puro y la teoría de la razón vital (pp. 93-94). Nuestro autor, sin embargo, se afana en comprender estas dificultades y hasta propone fórmulas muy personales que, según él, serían una interpretación auténtica y desapasionada del verdadero pensamiento orteguiano, ya cuando éste parece naufragar en antinomias, ya cuando los textos inducen al desconcierto.

No se plantea Ferrater el problema ya viejo, aunque siempre pueril, de si Ortega es o no filósofo. Su libro parte del supuesto evidente de que lo es y constituye, con su sola existencia, un homenaje al pensador. En la página 22 leemos esta afirmación que revela la equilibrada posición del autor frente al maestro: “Ortega es probablemente más original de lo que sus detractores proclaman, y algo menos original de lo que sus entusiastas escoliastas predicán...”

Los méritos del libro de Ferrater son la lucidez, la sencillez y la rigurosa precisión. Es su libro, como debía esperarse, obra de una mente madura, largamente ejercitada en la difícilísima tarea de presentar en apretadas síntesis, con las cualidades apuntadas, las ideas de quienes hacen del idear una misión y una pasión.

H. R. A.